

UN ANTÍDOTO CONTRA LA INDIFERENCIA: LA OBRA DE PIPO CLAVERO

MARTA LORENTE

Universidad Autónoma de Madrid

En el arranque del escueto prólogo a su *Autobiografía*, Bertrand Russell afirmó:

Tres pasiones simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad.

Leí esta obra hace muchísimos años; sé que me gustó y me divertí, pero no guardo memoria alguna respecto de su contenido. Por el contrario, recuerdo nítidamente que asocié la frase que os he leído con la figura de Pipo, pensando en utilizarla en cuanto tuviera ocasión. Por desgracia, esta que estamos viviendo ha sido finalmente la ocasión en la que verbalizo por primera vez mi juvenil asociación.

Debo confesar que en un principio pensé en estructurar mi intervención utilizando la plantilla de Russell hablando de “las pasiones de Clavero”, pero enseguida caí en la cuenta de que avanzar por este sendero era harto peligroso, toda vez que transcurría entre la hagiografía y el hablar en nombre de otro. Por ello, decidí invertir la cuestión de las pasiones refiriéndome a las que Pipo producía en los demás, habida cuenta de que yo formo parte de este último colectivo.

No obstante, antes de abandonar definitivamente al sabio inglés y su breve prólogo, titulado “para qué he vivido”, creo oportuno hacer dos anotaciones en relación con Clavero. La primera es muy obvia: el ansia de amor que torturó toda su vida al muy casquivano Russell difiere por completo a la sentida por un fidelísimo Bartolomé Clavero, quien la focalizó al cien por cien en la persona de Merche a lo largo de toda su vida. Con la segunda de las anotaciones, sin embargo, no sé si Pipo estaría de acuerdo, por cuanto que le sigue atribuyendo un paralelismo con Russell cuando formuló el siguiente balance de su trayectoria vital: “Esta ha sido mi vida. La he hallado

digna de vivirse, y con gusto volvería a vivirla si se me ofreciera la posibilidad”.

Me he referido a las “pasiones” que Pipo podía provocar en los demás, pero debo confesar que la expresión es sin duda exagerada. Mucho más concretamente, me voy a extender respecto de un sentimiento que Pipo solía concitar: el de irritación. No me estoy refiriendo por supuesto a su persona, que si por algo se caracterizó fue por su trato “un tanto ausente pero siempre bondadoso”, como Vallejo y yo nos esforzamos por subrayar en su necrológica, sino exclusivamente a sus escritos. Estos, en mi opinión, pudieron causar irritaciones múltiples, pero aquí me voy a referir en exclusiva a dos tipos de irritación refiriéndolos a dos grupos de imaginarios afectados: en ambos casos, el primer “culpable” fue siempre el mismo: Bartolomé Clavero Salvador.

Y es que, refiriéndome ya al primer grupo, quiero recordar aquí que la práctica totalidad de la obra de Pipo se caracterizó por romper convenciones historiográficas y jurídicas de todo tipo, haciéndolo además con un lenguaje radical y provocador. Así las cosas, no puede extrañar a nadie que quienes no estuvieran dispuestos a desmontar de raíz sus propios presupuestos, lo que implicaba cambiar por completo el sentido de su obra, se sintieran atemorizados ante la posibilidad no tanto de compartir campo de juego con un nuevo y potente equipo, cuando de quedar fuera de aquel definitivamente.

Esto, me concederéis, generó mucha más irritación que ganas de discusión. Los ejemplos de este primer grupo de imaginarios son innumerables, por lo que bastará traer aquí algunos muy conocidos para ilustrar mi argumentación. En primer lugar, los defensores de la proyección de categorías nacionales y/o estatales a sociedades pasadas o presentes que las desconocieron. En segundo lugar, los desconocedores, conscientes o inconscientes, de enormes sectores de la humanidad a la hora de imaginar pasados o presentes jurídicos. En tercer y último lugar, los empeñados en banalizar la relevancia de las “superestructuras” religiosas y/o jurídicas en la comprensión tanto de la configuración de sociedades como de sus dinámicas de cambio. Podría seguir incluyendo grupos al listado, pero me parece mejor pasar al segundo grupo de irritados, entre los cuales debo confesar que me incluyo.

Todos los que conocimos a Clavero sabemos a ciencia cierta que leía mucho, muy rápido y, lo más dramático, que lo asimilaba todo quedándose para sí únicamente lo que le interesaba. Dicho de otra manera: Pipo corría tanto que resultaba imposible seguirle aunque se estuviera plenamente

dispuesto a ello. Así las cosas, creo que puedo integrar en este imaginario segundo grupo a todos aquellos que, como yo, después de digerir e interiorizar con bastante dificultad lo que leíamos en esta o en aquella obra de Pipo, nos encontrábamos con que nuestro guía había cambiado de rumbo y se encontraba ya en otro sitio. Os voy a poner un par de ejemplos, también bastante conocidos.

Después de convencernos de la centralidad del derecho común para la comprensión de las sociedades premodernas europeas, lo que nos hizo cambiar la percepción de la manualística disponible, Pipo profundizó un poco más y se encontró que la religión no solo precedía, sino que explicaba el derecho de juristas. Por aquel entonces, yo comencé a ir al seminario, pero gracias a Dios me limité al latín ahogando la tentación de matricularme en Teología.

Algo similar puede decirse de su particular comprensión de cómo construir una historia constitucional que lo fuera de derechos y no de poderes, ya que si bien en un principio se centró en la fundamentación y garantía de los derechos individuales, poco más adelante dio un enorme quiebro profundizando en los derechos colectivos, propios por lo demás de las comunidades indígenas. Pues bien, por su culpa me leí la obra completa de un autor norteamericano ilustrativa pero muy aburrida, y, lo que es peor, con el tiempo descubrí que era un defensor del originalismo comparable a Scalia. Por supuesto que le recriminé el consejo, a lo que Pipo contestó que solo había que quedarse “con una parte” de la obra del historiador norteamericano.

Espero que convengáis conmigo en que irritaciones como la mía pudieron estar justificadas, a lo que debo añadir que hoy la irritación ha cambiado de naturaleza e intensidad. Y es que después de conseguir con mucha dificultad y empleando mucho tiempo tener criterio propio sobre un par de asuntos, Pipo se ha ido de repente, casi sin avisar, dejándome con la palabra en la boca. Claro está que me considero muy afortunada por haber podido reprocharle algunos de sus cambios de rumbo, que agotaban objetos de investigación creando nuevos marcos, pero ya no tengo incentivos para seguir la discusión en su ausencia. Estoy verdaderamente irritada por haber perdido el que considero ha sido el mayor y mejor de mis referentes.